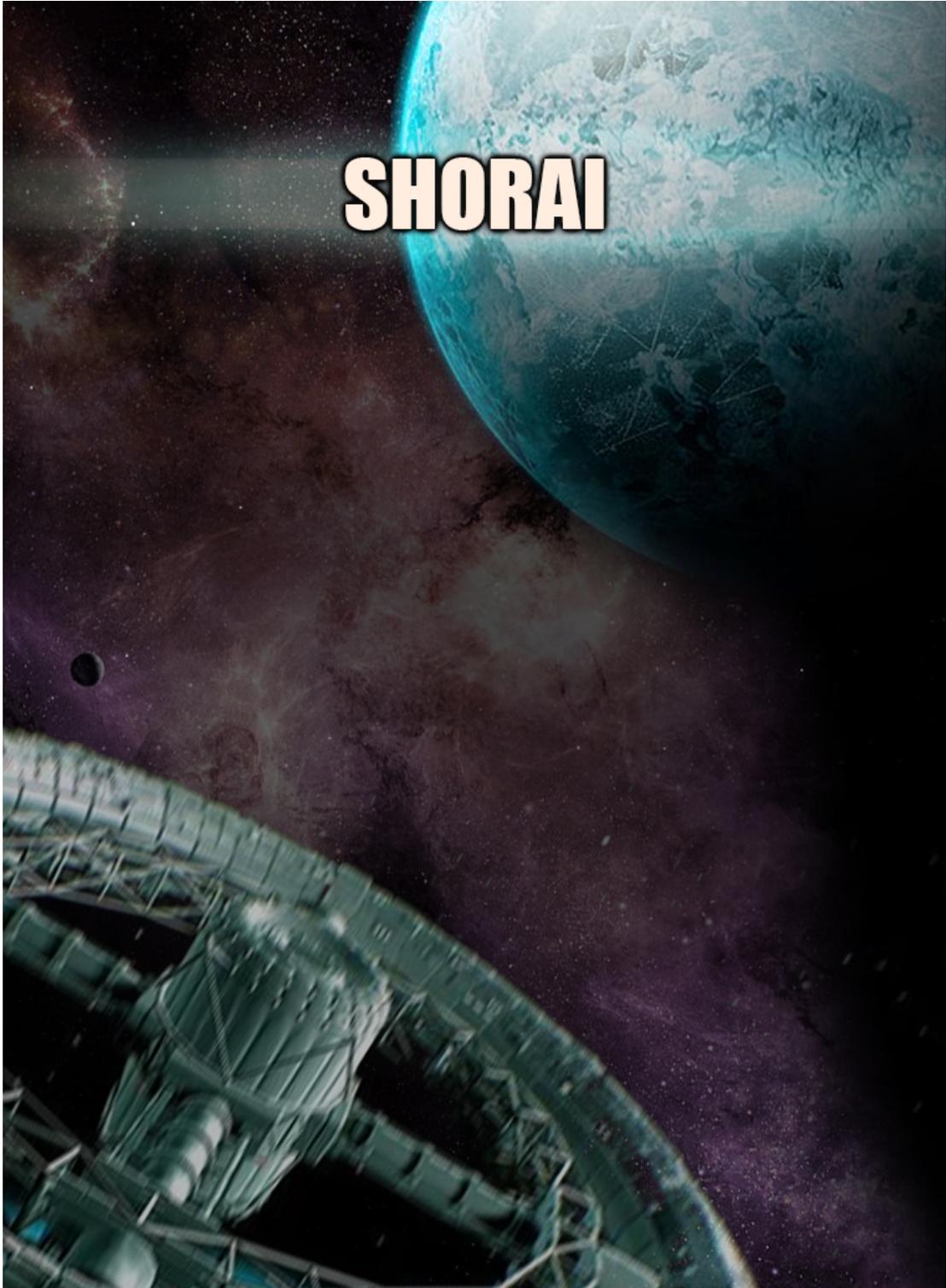


Shorai

Edgar Tudela



Capítulo 1

SHORAI - Capítulo único.

—Andreh, está todo listo, te espero fuera —el ruido de fondo que había estado acompañando las últimas transmisiones había desaparecido por completo.

Aquella dulce voz, limpia y clara, quedó suspendida en la espaciosa habitación, reverberando como el recuerdo de un sueño que se apaga de forma lenta e inexorable. El dulzor de aquel sonido se convirtió en un manto ingravido, invisible e inalcanzable, y cubrió la estancia con una calma que no reparaba en el tiempo.

Se preguntó qué hora debía ser. Andreh abrió los ojos entre eternos parpadeos. Sus pupilas se adecuaron a la fría luz que vertía sobre el suelo negro de goma desgastada un largo tubo azulado que serpenteaba la parte baja de las paredes. Miró su reloj: las treinta y seis y dieciocho. Inspiró con hastío, sin mover uno sólo de sus entumecidos músculos, y tras un breve lapso dejó escapar el aire gruñendo levemente. El velo negro que cubría su mente se descubrió lentamente para dar paso, uno a uno, a los recuerdos del día anterior. Por su cabeza fueron pasando todas y cada una de las tareas que había de realizar, y al recordarlas se le hizo un nudo en el estómago.

Decidió dejar de lado esa sensación, apartarla lejos, y se sentó sobre un lado de la cama. Volvió a cerrar los ojos por completo y deseó volver a caer en ese sueño del que había salido. Su cuerpo empezó a moverse de forma automática y haciendo un esfuerzo considerable se calzó las botas. Suspiró lentamente mientras intentaba desgarrar mentalmente las capas que todavía lo separaban de la vigilia. Sus movimientos se ralentizaron hasta que todo su cuerpo se detuvo de nuevo. Una sensación lejana creció en su interior, amenazándolo con llevarle de nuevo a la inconsciencia, se encaramó sobre sus hombros e hizo que su cuerpo se encorvara un poco

más.

A punto de caer de nuevo presa del sueño, algo cambió. Un pequeño fogonazo destelló en la profunda oscuridad, se expandió veloz y la negrura dio paso a una claridad dolorosa. Sus ojos se abrieron como platos. Su corazón empezó a palpar como un caballo de carreras desbocado. La sangre que recorría sus venas empezó a bullir de emoción. Un hormigueo ascendió desde la parte baja de su espalda hacia la base del cráneo, estremeciendo todo su ser, y explotó en un arrebató de pura energía y vitalidad. La onda expansiva de aquellas palabras le había alcanzado al fin, y ahora, tras sentir las de forma consciente, todo dio un vuelco.

De un salto abrió la puerta de su habitación y abrochándose los botones del traje de interior corrió por el pasillo con una enorme sonrisa en su rostro. Sus grandes zancadas recorrían el pasillo curvo a gran velocidad, y utilizando los brazos para amortiguar los golpes contra las paredes que utilizaba para torcer las esquinas con mayor rapidez, descontaba rápidamente los metros que lo separaban de la siguiente sección. Entre giros y tropiezos sacó de un bolsillo un trozo de plástico y como buenamente pudo, intentó colocarse el pinganillo en la oreja mientras su cuerpo, de forma autónoma, se deslizaba con torpeza por los recodos que lo llevaban a la salida.

Maldijo entre bufidos el diseño en anillo de su nave, creado únicamente para la protección del núcleo y las zonas internas de la misma. Si bien era el más adecuado para la mayor parte del tiempo que pasaba en su interior, cuando se trataba de alcanzar la única salida, la tarea podía convertirse en algo agotador.

—¿Shorai? —alcanzó a decir Andreh tras activar el micrófono del auricular. Su respiración agitada se entrecortaba debido a los golpes contra los paneles de metal de las esquinas en las que se apoyaba para impulsar una y otra vez su carrera. Llevaba mucho tiempo inactivo y la carrera empezaba a suponerle un reto.

Había pasado encerrado cinco años entre aquellos anillos concéntricos de metal y plástico. Entre tubos de kevlar y circuitería de la más avanzada tecnología. Entre pasarelas estrechas que techaban los niveles inferiores. Rodeado de paredes de un blanco punzante y habitaciones sin más vida que las de multitud de plantas que se dedicaba a cultivar. Todo conectado por un enorme y laberíntico pasillo que había memorizado a la perfección y que nacía en la sala más peligrosa de todas. Aquella enorme sala de varias decenas de metros de altura en la que había esperado suicidarse en algún momento de aquel último año.

Andreh siguió corriendo hasta el límite del nivel intermedio, dejando atrás un enorme pasillo recto, cuyas paredes estaban cubiertas por tres franjas horizontales de color amarillo. Tras abrir una enorme puerta de

doble hoja rematada con unos brillantes marcos de rojo oscuro, torció a la izquierda y llegó a un pasillo curvo que giraba en la dirección contraria. Allí se detuvo.

Apoyado con ambas manos en el panel de apertura, se contuvo un instante para recobrar el aliento.

—¿iShorai!? —preguntó de nuevo Andreh, visiblemente alterado. Ahora que se había detenido notaba como su temperatura corporal ascendía dentro del traje. El sudor lo cubría por completo. Intentando controlar su respiración, aspiró profundamente un par de veces antes de colocar su mano derecha en el lector. Tras un agudo pitido, la puerta se deslizó acompañada por un sonido de succión.

Sin esperar a que la puerta se abriese del todo, se deslizó por la obertura, todavía con claros signos de agotamiento, y se arrastró por la sala apoyándose a lo largo de la pared de su derecha, cuyo último panel contenía un dispensador de paquetes de respiración, trajes de paseo, dispositivos de localización y varios elementos más, útiles para la exploración de exteriores.

Dispuesto a recoger todo cuanto iba a necesitar, se detuvo al darse cuenta de que la luz de aquella sala era diferente. El reflejo de las partes metálicas de los paneles tenía un color extraño. Nada tenía que ver con ese azul frío al que durante tanto tiempo se había acostumbrado. Cerró los ojos e intentó recordar la última vez que había experimentado aquella sensación.

Una luz cálida se filtraba a través de un panel circular transparente recortado sobre la puerta principal. La densa claridad se sumergía en el interior de aquella habitación buceando alegremente entre sus ahora doradas paredes. Arrastrando sus pies hacia la puerta y sin dejar de mirar el haz de luz que golpeaba el suelo de goma gris, se preguntó cómo había podido vivir durante tanto tiempo sin algo tan maravilloso. En aquel momento sintió que flotaba, que sus pies no permanecían en contacto con el suelo y que algo mecía su cuerpo, ahora liviano como una pluma. Un escalofrío ascendió por su espalda, ramificándose en todo momento llegando a los confines más escondidos y diminutos de su ser. No recordaba haber experimentado una sensación tan extraordinaria en toda su vida. Entre hibernaciones y largos periodos de depresión por soledad, la mayoría de recuerdos se habían desvanecido, dando paso a espacios eternos de profundo vacío en su interior. Sólo si dedicaba días enteros a tratar de recomponer sus más inmediatos recuerdos lograba hacerse una idea de cómo había sido sus últimos meses. Pero aquello le había resultado casi tan agotador como la misma idea de pasar el resto de su vida viviendo de esa manera.

Su mano ascendió de forma autónoma, acariciando aquella gruesa lengua de calina que venía del exterior. Su mirada se perdió entre sus dedos, que se movían juguetones entre las pequeñas partículas que flotaban entre estos. Quedó allí absorto durante nadie supo cuánto, rodeado por una sensación de ligereza y despreocupación. Todos aquellos años en soledad ahora eran sólo recuerdos de un pasado que nada tenía que ver con lo que él pudiera haber vivido. Su rostro parecía haber rejuvenecido. Sus facciones se habían vuelto menos duras y su piel había adquirido un tono más vivo. Sentía como un fuego interno, otrora extinto, crecía en su interior y se expandía en derredor desde la parte más profunda de su ser.

Buscó con su mirada el origen de aquella luz y se topó con el cristal de la ventana que le separaba del exterior. Había demasiada claridad y tuvo que apartar la vista. Agachó la cabeza y empezó a llorar. Sonrió.

No recordaba exactamente cuánto tiempo había pasado desde la última conexión con Shorai, pero para él, aquello, había sido una nueva eternidad. Ella tenía la suerte de poder salir al exterior desde el mismo momento del aterrizaje y empezar a explorar aquellos nuevos mundos sin ningún tipo de preocupación, pero él era diferente. Para Andreh todo era, siempre, un poco más complicado.

Volviendo lentamente en sí, pulsó la combinación que abría el espacio reservado para los paquetes de exterior y con movimientos automáticos cogió el casco de seguridad, una pequeña botella de oxígeno extra y tres alargados conversores de partículas.

—Lo has vuelto a hacer —susurró mientras acoplaba el casco a las muescas del cuello del traje. Se escuchó un sonido de aspiración. Andreh sintió un aire fresco repentino que lo rodeaba. Inspiró con fuerza y en su rostro se dibujó una enorme sonrisa —. Voy a salir, mándame tus coordenadas, ¿quieres?

Antes de abrir la compuerta, impaciente por descubrir ese nuevo mundo, miró a través de la ventana y al fin pudo ver lo que le aguardaba en el exterior. Debido a los filtros del casco, la luz ya no le molestaba y pudo observar más allá de la opacidad vidriada.

Ante él se elevaba un bosque de frondosos árboles de enormes hojas carnosas, que danzaban rítmicamente al son de un viento ligero y apacible. Gruesas briznas de hierba de un verde ambarino alfombraban el tupido suelo del bosque, del cual emergían vigorosos y robustos arbustos frutales. Al fondo, unas montañas de cumbres nevadas se recortaban contra un cielo limpio y azulino.

Se llevó las manos a ambos lados del casco y lo desconectó del traje. El aire volvía a ser algo más pesado ahora y notó como la temperatura a su

alrededor se elevaba, pero no pareció importarle. Miró los conversores de partículas que sostenía en una mano y la botella de oxígeno extra que pendía del cinturón. Decidió dejarlos de nuevo dentro del compartimento.

Inspiró hondo y colocó su mano sobre el lector.

Según se abría la puerta, deslizándose silenciosamente sobre unos estrechos raíles, una ráfaga de viento se introdujo suavemente en la pequeña estancia, revoloteando dentro de la misma durante unos largos segundos. Ante él se abría ahora un nuevo mundo, y aquel pensamiento hizo que su cuerpo se estremeciera una vez más. Recordó entonces que siempre le ocurría lo mismo. Inspiró de nuevo.

—Vamos allá —giró sobre sus talones y descendió por la escalera de mano, cuyos pies descansaban sobre un manto de hierba perlada de frías gotas de agua, varios metros por debajo. Al tocar el suelo, en su muñeca izquierda sonaron un par de pitidos. El aparato de control de posicionamiento mostraba, parpadeantes, unas coordenadas. Sonrió. Llevó dos dedos a la pantalla y con un golpe de muñeca los lanzó delante suyo. Allí apareció un holograma de la orografía del terreno y un punto verde luminoso.

Andreh giró sobre sí mismo, siguiendo con la mirada un camino de luces que se había generado tras la desaparición del primer holograma. Se internaba en el frondoso bosque y parecía perderse en su interior. Dio media vuelta y se apresuró hacia la dársena principal de la nave. Corría echando fugaces vistazos atrás, sin dejar de seguir con la mirada el trayecto que le marcaban aquellas señales luminosas que ahora parecían alejarse. Una emoción empezó a crecer en su interior y para cuando llegó al muelle y se subió en su deslizador, casi le era imposible contenerse.

—Cuidado, jovencito, vigila tus pulsaciones —le susurró una voz a través del comunicador que llevaba colocado en la oreja. Era una voz dulce, limpia y clara. Suave como una brisa de finales de primavera —. No quiero que te hagas daño después de tanto tiempo recluido, Andreh.

—No te preocupes por mí, querida —sonrió él, que volvía sobre sus pasos ahora a lomos de un pequeño vehículo que se desplazaba a medio metro sobre el suelo, impulsado por una pequeña turbina que giraba a gran velocidad. En pocos segundos llegó de nuevo donde empezaba el camino de luces titilantes. Siguiéndolas, se internó en el bosque. El deslizador se movía con mucha ligereza y su manejabilidad era extremadamente buena. Él era un piloto experimentado y las medidas de seguridad del vehículo harían de ese viaje algo sencillo y seguro—. ¿Cuánto tiempo nos queda hasta que caiga la noche?

La V—231 se mantenía firme, estable, y seguía con seguridad el camino trazado por el localizador de Andreh. Los árboles y los arbustos mismos

eran borrones que desaparecían a ambos lados a gran velocidad, y lo único que podía observar con claridad era el camino de luces que se dibujaba al frente.

—Son siete estrellas las que rodean este sistema planetario, Andreh. Aquí es imposible que caiga la noche en ninguno de los diecisiete planetas que lo conforman — su voz era gentil y expresaba puro amor. Era imposible no caer rendido ante aquél precioso sonido.

Tras unos kilómetros en dirección noreste, el bosque se espesó lo suficiente para tener que reducir la velocidad del aerodeslizador a un ronroneo quejumbroso. Dejó atrás una zona llena de pozos profundos y árboles de ramas bajas y densas que caían curvas hacia el suelo y se enraizaban de nuevo en contacto con la tierra. El deslizador silbaba con suavidad mientras eludía con agilidad los obstáculos que se interponían entre Andreh y las señales luminosas.

La densidad del bosque empezó a remitir a la vez que ascendía por una senda pedregosa que giraba en sentido este. Andreh aceleró el deslizador. A lo lejos, el bosque parecía más iluminado. Cuando alcanzó aquella claridad, se sorprendió cruzando un claro circular cubierto de matorrales bajos para internarse de nuevo en la espesura. Aún así tuvo el tiempo suficiente para observar, tras todos aquellos árboles, una suave cima desnuda que se elevaba al norte.

Aminoró la marcha y pulsó un par de botones en su localizador. Dejó el camino de luces a su derecha y se encaminó hacia aquella loma. Allí el bosque era menos denso, y pronto dio paso a una sucesión de árboles retorcidos y piedras que crecían en tamaño según ascendía por la falda de la montaña.

—Shorai —dijo Andreh mientras evitaba impactar contra una enorme piedra de granito que parecía emerger del suelo hacia un cielo lejano—. ¿Te he contado alguna vez... —un brusco frenazo y un hábil golpe de manillar evitaron que el deslizador cayese por una grieta que se abría al oeste. Andreh aminoró un poco la velocidad, pues aquella pendiente se estaba volviendo peligrosa— ...quienes fueron tus antepasados?

Andreh dejó atrás los últimos árboles y las grandes rocas dieron paso a una superficie cubierta por hierba y pequeñas piedras que se elevaba en una suave pendiente. La luz de aquellos soles le sumió en un placer absoluto. Detuvo el deslizador cuando alcanzó la parte más alta de aquella loma, que estaba cubierta por una capa de pasto de un verde oscuro. Bajó del vehículo. El silbido del motor se convirtió en un susurro ronco y segundos después se apagó. Inspirando hondo, se estiró tanto como pudo, desentumeciendo sus extremidades, y al fin soltó un grito de puro

placer.

—Creo que nunca hasta ahora, querido —dijo aquella dulce voz. Su amor por el hombre irradiaba a través de todas y cada una de las palabras que pronunciaba, colmando la transmisión de una paz que permanecía flotando en los silencios—, pero parece que te has desviado de la ruta. ¿Va todo bien?

Andreh, con una sonrisa de oreja a oreja, empezó a quitarse el traje mientras observaba todo cuanto tenía ante sí. Un mundo nuevo, lleno de sorpresas listas para ser descubiertas.

Debido a la nula contaminación de aquel planeta, todo cuanto podía observar se dibujaba completamente nítido. El horizonte ya no era un borrón que debía ser interpretado a simple vista. Terminó de desnudarse y con el espíritu lleno de gozo se dejó caer sobre el verde.

—Entiendo —susurró Shorai burlona—. No has podido evitarlo.

Andreh no pudo reprimirse, soltó una profunda carcajada y quedó tumbado mirando al cielo, que brillaba con una solidez sobrecogedora.

—Encontré unos libros hará un par de meses que hablaban sobre mitología antigua.

—¿Cómo de antigua? —preguntó Shorai, expectante. Ella se encontraba a escasos kilómetros de distancia, así que decidió subirse a su aerodeslizador para encontrarse con Andreh.

—Tan antigua como la época en la que habitamos nuestro segundo planeta, La Tierra. Tras destruir nuestro primer hogar, un planeta llamado Marte, los antiguos habitantes del Sistema Solar tuvieron que buscar otro lugar en el que continuar con la vida de nuestra especie, o por lo contrario asumir su fin. Al parecer optaron por lo primero, por lo que unos pocos llegaron a establecerse en lo que llamarían El Planeta Tierra. Debido a que el metabolismo biológico de los primeros colonos no era apto para una vida adecuada en aquel lugar, decidieron mezclar su ADN con el de una especie que ya vivía allí. —Andreh calló al imaginarse aquella situación, con la mirada perdida muy lejos en la distancia y en el tiempo.

—¿Y qué pasó entonces? Supongo que consiguieron establecerse finalmente.

—El libro estaba en malas condiciones y hay trozos en los que faltaba información; páginas que habían sido arrancadas y otros textos tachados. Supongo que es sólo un libro más sobre mitología antigua, pero había algo

en él que me instaba a seguir leyendo, y descubrí algo interesante.

Andreh se incorporó, tratando de recordar con mayor precisión lo que había estado leyendo. El calor de aquellos soles le reconfortaba el alma y a punto estuvo de caer en un plácido sueño. Se sacudió la repentina pereza de encima y volvió a tumbarse, observando el cielo con la mirada emborronada.

—Lo siguiente que puede leerse habla sobre tus ancestros, Shorai.
—dijo con una sonrisa.

—¿Y qué dice sobre ellos? —el ruido de fondo indicaba que seguía montada en su aerodeslizador e iba a gran velocidad.

—Querida, cuando tú y yo llegamos a un nuevo planeta que está muerto, establecemos un campamento y mientras yo me quedo en el interior de la nave el tiempo necesario, ¿tú qué nombre le pondrías a lo que haces para que el planeta sea habitable para los humanos como yo?
—preguntó Andreh, impaciente por escuchar la respuesta.

—Podríamos decir que mientras tú permaneces protegido de la hostilidad ambiental de los planetas muertos, yo me dedico a llenarlos de vida. Creo un clima adecuado para que los humanos podáis vivir en ellos.
—respondió Shorai, diligente.

Un silbido lejano llegó a los oídos de Andreh, que volvió a incorporarse de nuevo, buscando la nave de su amada.

—Podríamos decir que aclimatas los planetas para que nuestra especie pueda prevalecer, ¿verdad? —se levantó y se quedó de pie, observando cualquier movimiento que le indicara exactamente por donde aparecería el vehículo de Shorai.

—Eso he querido decir, sí. ¿Adónde quieres llegar con todo esto?

Al fin el aerodeslizador apareció ascendiendo la loma, dejando atrás los últimos árboles del bosque y descontando la distancia que los separaba a gran velocidad. Unos segundos después y aminorando la marcha, el vehículo se detuvo al lado del de Andreh, el cual miraba a su piloto con una sonrisa enorme.

Salió corriendo hacia ella y ambos se fundieron en un beso de puro amor. Quedaron abrazados durante un largo rato, olvidándose de todo lo demás y ya nada pareció importar más que el momento presente, que el calor del cuerpo del ser amado fundiéndose con uno mismo, sintiendo cada latido y cada escalofrío como si fuese propio.

Ambos caminaron hacia el centro de la loma, hacia la parte más alta y cómoda, y se tumbaron.

—Verás, Shorai, hay un capítulo pequeño en ese libro que habla sobre los primeros climatizadores de La Tierra. En él se habla de un proyecto llamado “Futuro”, impulsado por un dios de la antigüedad llamado Toshiba.

—¿Qué? —preguntó Shorai, mirando fijamente a los ojos de su amado en busca de una pista que le dijese que le estaba gastando una broma. Al ver que los ojos de Andreh no mentían, se incorporó, incómoda. Levantó la mirada al cielo y sus ojos se perdieron más allá de unas pequeñas nubes que se deshacían en delgados jirones de un blanco níveo—. ¿Cómo es que en ese libro sale mi apellido?

—Verás, al principio, los climatizadores sólo podían cubrir pequeños espacios reducidos, como estancias o antiguas casas—colmena, pero con el paso del tiempo y debido a los cambios climáticos que sufrió el planeta, la tecnología tuvo que evolucionar hasta el punto en el que uno de esos climatizadores era capaz de transformar el clima de una ciudad entera —estas últimas palabras quedaron suspendidas en el aire, y ninguno de los dos se atrevió a romper el silencio que se había generado. Andreh miró a su amada y sonrió. Aquel androide del que se había enamorado hacía siglos parecía ahora un pequeño animal indefenso, acongojado por un miedo irracional. También se incorporó, la rodeo con los brazos y besó una de sus carnosas mejillas.

—Me estás diciendo que soy la evolución natural de un aparato esclavizado por tus ancestros, ¿no es así? — Shorai miró a Andreh con los ojos cubiertos de lágrimas. Su rostro se mostraba sereno, pero temblaba y no podía esconder el dolor que le estaba causando aquél descubrimiento.

—Todo lo contrario, querida mía — el hombre se puso en pie, caminó hacia el traje que yacía sobre el suelo y empezó a vestirse —. Te estoy diciendo que eres un ser con el poder de un dios, capaz de moldear la realidad a tu propia voluntad. Capaz de dotar de vida planetas muertos, capaz de hacer crecer bosques gigantescos de la nada, de transformar llanuras enteras en océanos de una belleza inenarrable. Capaz de cubrir montañas áridas con mantos de un verde deslumbrante.

Shorai se quedó mirando a su amado, asombrada por la belleza de sus palabras. Logró esbozar una sonrisa y dejó de temblar. Andreh volvió sobre sus pasos, acercándose a su esposa mientras su mano le invitaba a levantarse. Él sonrió y ella le devolvió la sonrisa mientras se secaba las últimas lágrimas que derramaría en vida.

—Y aun cuando todo eso pueda parecer demasiado increíble — la agarró de la mano y juntos volvieron hacia sus aerodeslizadores —, hay algo que se te da mucho mejor...

Antes de subirse a sus vehículos, Andreh se detuvo y se colocó frente a Shorai. Cuando sus miradas se encontraron, ambos observaron la parte más profunda de sus almas, y desde allí, a lo lejos, la parte más real de ambos se estremeció una vez más.

— ...amar.